

iba á verificarse el acontecimiento grande á todas luces que tan repetidamente habia sido anunciado por los Profetas, y por cuya realizacion tantos votos se habian dirigido al cielo. Los trabajos del viaje de que nos hemos ocupado iban á ser recompensados con dichas inestimables.

¡Qué admirable es la economía de la Providencia! Dios dispone las cosas de modo que María y José salgan de Nazaret y se dirijan á Belen, donde eran poco conocidos, y haciendo que no encuentren donde hospedarse, los dirige á la pobre gruta, donde si bien el Salvador de la humanidad va á nacer en la mayor pobreza para que el mundo conozca que es hombre verdadero, hará que los ángeles entonen sonoros himnos, y que los reyes se postren ante su presencia, para que conozcan tambien que es verdadero Dios.

CAPITULO V.

Del Nacimiento del Hijo de Dios.

Al proponernos narrar el grande acontecimiento que va á ser objeto del presente capítulo, nos creemos en el deber de hacer un llamamiento á los que sufren el rigor de la adversidad, y que tal vez descontentos de su suerte, miran con envidia á los que albergados bajo las doradas techumbres de suntuosos palacios, viven rodeados de bienes de fortuna, halagados por una posicion brillante, y deslumbrados por el fausto y la grandeza de que se ven rodeados. Si el hombre hubiera nacido para no morir jamás, ó si las dos partes que constituyen su sér estuviesen sujetas á descomposicion, es decir, si el alma concluyese al dejar de existir el cuerpo, siendo como este encerrada en el sarcófago, se comprende que aspirase á la grandeza mundana y que no encontrase mayor dicha ni mas positiva felicidad, que el acercar á sus lábios la copa del deleite. Asi el materialista que nada ve al otro lado de la tumba esclama «comamos y bebamos, porque mañana moriremos¹.» Por el contrario, el hombre que haciendo un uso recto de su razon, y prestando oido atento á la voz de la revelacion divina, comprende que la vida presente es transitoria, y que solo puede ser considerada como un preludio ó senda para entrar en otra vida cuya duracion será eterna, ni forma ídolos de oro, ni

¹ Comedamus et bibamus: cras enim moriemur. Isai. cap XXII, v. 13.

trabaja con anhelo á costa de su reposo por adquirir una grandeza veloz como la flor del heno que muere en el mismo dia que nace, y tan fugaz como el humo que se disipa en el aire tan presto como le hemos visto formar gruesas columnas que oscurecian la luz á nuestra vista. Los que mecidos dulcemente por ricos tesoros de la tierra, viven olvidados de las riquezas del cielo, vengán en espíritu á la miserable gruta de Belen, donde voces mudas pero elocuentes les hablarán al corazón. Allí tambien deben fijar su vista los que humillados y abatidos, tal vez despreciados por hermanos metalizados, vierten lágrimas amargas al contemplar su desgracia. En el Portal hay lecciones para todos: desengaños para unos y consuelos para otros. No se trata de unos pobres afligidos que nada poseen, ni pueden poseer. Se trata si, del que es dueño absoluto del cielo y de la tierra: del que muda segun que place á su voluntad soberana los humildes vestidos del Pastor en la régia púrpura de Israel: ha querido hacerse hombre para salvar al hombre, y lejos de escoger para reclinar su cabeza, dorada cuna cubierta con ricos brocados como correspondia á su grandeza y Magestad, prefiere la humillacion y la pobreza. Legislador y Maestro del mundo, se propone destruir las groseras ideas encarnadas en los corazones, arraigando en ellos las grandes nociones de Dios y de la vida futura, que hasta entonces se hallaban envueltas en un caos de tinieblas, y el que mas tarde habia de elevar su voz divina diciendo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*¹, se propone enseñar con su divino ejemplo desde el momento de su nacimiento segun la carne, que en tanto el hombre debe ser mas humilde en cuanto es mayor su grandeza y dignidad. Volvamos á anudar el hilo de nuestra histo-

¹ Ego sum via, et veritas et vita. Joan XIV, 6.

ria, que desemejante á la de los héroes del mundo, está toda sembrada de maravillas.

Hemos visto que ni los ruegos del Patriarca José, ni el estado de su modestísima esposa María fueron suficientes á ablandar el corazón de ningun belenita, y que desesperanzados de encontrar albergue en la ingrata ciudad de David, hubieron de dirigirse á una pobre gruta, mas á propósito para dar abrigo á las rugientes fieras, que para morada de criaturas racionales. En aquella caverna estaba fija la mirada del Eterno Padre, el que por un impulso interior llamó allí á los viajeros repelidos de Belen. El Santo Matrimonio respondiendo al llamamiento, dirigióse á aquel pobre lugar no con desconsuelo, sino con paso lento, igual y firme, como que confiados en la Providencia, sus sábias disposiciones las aceptaban con la mayor alegría. El conquistador que habiendo vencido en cien batallas á los enemigos de su patria, ve ceñidas sus sienes con coronas del laurel mas escogido, no entra con mayor regocijo en la corte de su monarca, para recibir los parabienes de los ciudadanos que admiran su valor y le celebran, como gozo llevan en su corazón María y José al penetrar en la gruta deshabitada que les deparara la Providencia. No les espera allí una régia comitiva, como la que acompañó al rey Salomon, cuando salió á recibir á la reina de Sabá, pero el Salomon divino y verdadero va á hacer en aquel lugar su entrada en el mundo, y sobre tan pobre morada entonarán sonoros himnos los celestiales espíritus que celebrarán la gruta nueva.

Entró la noche: y no era por cierto una de esas hermosas de primavera, en las que el campo convida á disfrutar de un delicioso ambiente, con que reponerse de las fatigas de un dia caloroso. Era si una noche oscura y tempestuosa como suelen serlo las del mes de diciembre y mucho mas en

la Palestina. Todo presentaba un aspecto imponente: dentro de pocos momentos el mundo iba á recibir á su libertador, y en el seno de Abraham iban á darse el parabien los justos y Patriarcas que tanto habian suspirado por el dia de la salud de la humanidad. Sin embargo, la naturaleza que treinta y tres años despues se habia de estremecer de espanto al verificarse la tragedia del Calvario, parece que llora anticipadamente el horrible deicidio con el que habia de terminar su vida el Divino Infante cuyo nacimiento iba á verificarse. Al ocultarse el sol del mundo de las profecias para aparecer despues iluminando el mundo de las realidades, veíanse cubiertas de blanca nieve las colinas que rodeaban á Belen: es verdad que la naturaleza no obstante el aspecto imponente que presentaba debia aparecer engalanada con los blancos atavíos de la esposa: todo habia sido hecho para el hombre; y el hombre iba á ser regenerado, pues venia el que habia de hacerle adquirir sus perdidos derechos. El frio se hacia cada vez mas intenso é insoportable: tal vez el humilde descendiente de David reuniria algunos secos sarmientos con los cuales formaria lumbre en algun rincon de la caverna para hacer mas llevadera la noche al amor del fuego. María no necesitaba este recurso. Segun la V. Agreda habia tenido revelacion de que en aquella noche se verificaria su dichoso parto, y estaba abrasada en el fuego del amor de Dios: estaba en la tierra, pero su espíritu en el cielo: entregada á la mas fervorosa contemplacion, ni sentir podia el frio de tan rigurosa noche. Algunos Santos Padres son de opinion que en aquella oracion á que se entregó momentos antes del parto, fué favorecida con la clara vision de la Divina Esencia. Era la media noche, el punto divisorio en la historia de la humanidad, cuando la Santísima Virgen María, bajando sus ojos al concluir su divino rapto

vió nacido delante de sí á su único Hijo, Dios y hombre verdadero: EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. Hé aquí la concision con que el Evangelio enuncia tan grande é importantísimo acontecimiento: «Y estando allí aconteció que se cumplieron los dias en que habia de parir: y »parió á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales y »recostóle en un pesebre ¹.»

Tal es la sencillez con que el Evangelio nos refiere la feliz nueva: un mito hubiera sido adornado con brillantes descripciones: una leyenda no podria aparecer tan desnuda de atractivos: solo la realidad no necesita de adornos ni de buscadas espresiones. María no esperiméntó las incomodidades que las demas mujeres esperiméntan al ser madres: aquella sentencia pronunciada por el Omnipotente en el Paraiso «con dolor parirás los hijos ².» no alcanzó á la criatura feliz que por un extraordinario privilegio fué libre y exenta del pecado original que envolvió en sí á toda la descendencia del padre prevaricador. Virgen la Madre de Dios antes del parto, lo fué en el parto y despues de él. El que despues de resucitado habia de entrar en el cenáculo donde estaban encerrados los discípulos, sin necesidad de abrir puertas ni ventanas, sale del seno de su Madre, sin la mas mínima lesion de su virginal integridad. Del nacimiento del Salvador tan solo fueron testigos los ángeles del cielo, pues en el momento en que se verificó, el Patriarca José, se hallaba retirado de su Esposa, y en un delicioso éstasis. En cuanto á la integridad virginal de María, oigamos el razonamiento de Augusto Nicolás, sabio escritor de nuestros dias, al que siempre citamos con placer: «El »Evangelio nos dice que el parto de la Virgen se verificó

¹ Luc. II, 6 y 7.

² In dolore paries filios, etc. Génes III, 16.

» en el tiempo ordinario de la naturaleza, y nos dice luego
 » simplemente que parió. Si tuviéramos solamente esta
 » narracion, deberiamos creer que este parto fué natural
 » como su término; pero el Evangelio nos ha informado ya
 » muy de otro modo acerca de este punto, y, segun su so-
 » briedad ordinaria, no tenia porque tocarlo nuevamente.
 » Con efecto, nos ha manifestado que María habia concebido
 » al Verbo sin menoscabo de su Virginidad; y con esto nos
 » ha dicho que lo daria á luz del mismo modo. Hubiera sido
 » contradictorio el admitir que hubiera debido perder en el
 » parto aquella Virginidad que habia estipulado de cierto
 » modo en su concepcion. Fuera de que el parto y la con-
 » cepcion tienen entre sí una relacion estrecha que hace de
 » aquel el precio doloroso de esta, y del cual por tanto esta-
 » ba exenta María. Finalmente, en el relato de la Anuncia-
 » cion, no se dice solo que María concebirá, sino que *concebi-
 » rá y parirá* un Hijo, conforme á la profecía: UNA VIRGEN
 » CONCEBIRÁ Y PARIRÁ, y el mismo Evangelio ¹ es quien la
 » aplica esta profecía ². »

Justo es que fijemos nuestra consideracion en el establo de Belen y dirijamos nuestra vista al admirable espectáculo que allí se nos presenta. Para el divino Redentor de la humanidad, no hubo como para Moisés una cesta de juncos: su cabeza, centro de la sabiduría eterna, no tiene otra almohada donde descansar que las pajas que casualmente ó por disposicion de la Providencia, se hallaban en el establo. «Dios, dice Orsini, proveyó al nacimiento de su Hijo único, como provee á los nidos de las aves del cielo.» ¡Qué pasaria en aquellos momentos solemnes en el alma de la Virgen Madre! Tenia ante sus ojos al Hijo que acababa de

¹ Math. I, 23.

² La Virgen María, segun el Evangelio, cap. XII.

dar á luz, pero sabe que era Hijo de Dios: como Madre amorosa desea estrecharle entre sus brazos y colmarle de caricias: como criatura que se halla delante de su Criador, le mira con el mas profundo respeto. No sabe que hacer: pero el tierno Infantito estiende hácia ella sus brazos, y parece dirigirla estas palabras: *Levántate, amiga mia, hermosa mia, y ven.... Paloma mia, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso... Toda eres hermosa, amiga mia, y en tí no hay mancha* ¹. En efecto, María comprende la voluntad de su divino Hijo, y resolviéndose, toma entre sus brazos aquel precioso tesoro, de valor inestimable, al que envolvió en los pañales que para el efecto tenia preparado. El Santo Patriarca, que ya habia salido de su éstasis fué llamado por su bendita Esposa, y tuvo la dicha de ser el primero entre los hombres que adoró á Jesus, reconociéndole por verdadero Dios al tiempo mismo que verdadero Hombre. Entretanto la feliz Madre, lactaba con el nectar de sus pechos al que con admirable Providencia, cuida del sustento de las criaturas todas; y calentaba con su aliento al que da calor y vida á la naturaleza entera. Llena de fe veia á su Hijo acabado de nacer y sabia que era eterno: sufrir el rigor del frio y conocia que tenia poder para mandar al viento y á las tempestades: le reclinaba sobre las humildes pajas del pesebre, y veia en él al dueño del cielo y de la tierra, que no tiene semejante en el poder.

Dios dispuso que su Hijo Unigénito, apareciese en el mundo en la pobreza que hemos visto: venia á inaugurar el reinado de la humildad, y en el estado mas humilde debió presentarse á los hombres. Treinta años habia de vivir en la oscu-

¹ Cant. II, 13 y 14, —IV, 7.